

Cultura y censura

SERGIO VODANOVIC

La invención de la imprenta marca, a mi juicio, el punto de partida del conflicto entre cultura y censura que se desarrolla hasta nuestros días. Antes de Gutenberg era fácil para quienes poseían escritos impedir que llegaran a manos de personas que ellos estimaban que carecían de la madurez necesaria para que esos escritos no los desviarán de una sana moralidad.

A medida que el libro se convirtió en un bien de producción masiva, fue necesario crear diversas formas de censura como un modo de proteger la estabilidad del orden social y moral imperante.

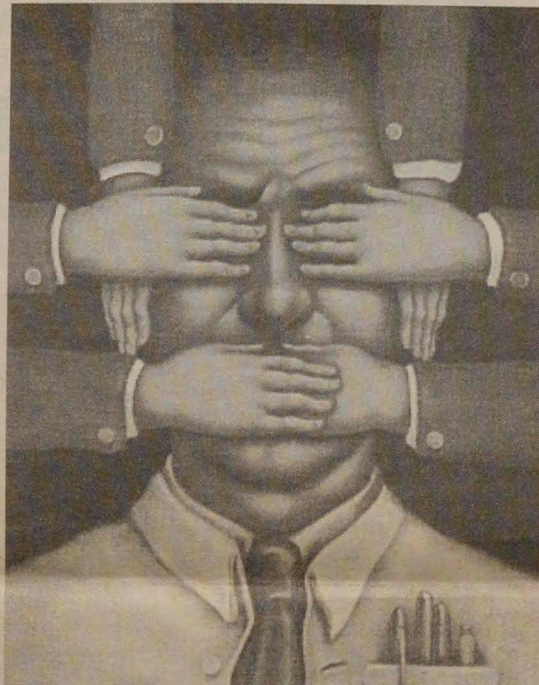
Este conflicto se ha agudizado con la revolución tecnológica que ha caracterizado al siglo que agoniza.

Ya no es el libro el único medio masivo difusor de cultura; lo son también el cine y la TV, y se crean nuevos medios de comunicación que entregan a un público cada vez más amplio, mensajes e imágenes provenientes de distintas culturas, mensajes que suelen entrar en conflicto con los receptores que tienen otras costumbres y una diferente apreciación de lo moralmente permisible.

Ante esta avalancha que se nos viene encima, son muchos los que se preguntan inquietos adónde vamos a llegar. Y son esas mismas voces las que, con la pretensión de salvaguardar un orden político y moral que estiman inmutable, se alzan clamando por una censura más estricta.

Si analizamos la forma en que se ha desarrollado este conflicto en nuestro siglo, tenemos que advertir que siempre ha terminado por imponerse la cultura, y que la censura ha debido replegarse en cada caso a las nuevas fronteras que demarcan los límites de lo permisible. Lo que ha sucedido en la literatura es decididamente así. Hay autores que hoy forman parte del patrimonio cultural de Occidente cuyas creaciones fueron en su momento censuradas, prohibida su impresión, o negada su entrada a diversos países. Es el caso, entre muchos otros, de D.H. Lawrence, Henry Miller y James Joyce. Hoy día estos escritores no escandalizan a nadie, sus libros se publican en ediciones populares y hasta son lectura de uso escolar.

Otro tanto ha sucedido en



el cine. El código Hayes que crearon los productores norteamericanos ante la presión religiosa, hoy es cosa del pasado y algunas de sus cláusulas provocan hilaridad. En cuanto a la TV abierta, el hecho de que se financie con avisos comerciales hace necesaria la autocensura, para no ofender a ningún grupo social, religioso y étnico, y para no disminuir la capacidad vendedora en que se sustenta el medio. Aun así, la TV abierta ha ido evolucionando en los distintos países, en la misma medida en que cambia la percepción de lo que es y no es moralmente aceptable.

El arte y la literatura son reflejos de una realidad, y que si esta, en sus múltiples facetas, constituye la cultura de una sociedad o de una gran parte de ella, no debería haber ningún campo de esa realidad vedado para las manifestaciones culturales, cualquiera que sea el medio en que estas se expresen. Pero, al mismo tiempo, no puedo sino entender y hasta simpatizar con aquellas personas que se sientan atacadas y ofendidas en sus sentimien-

tos religiosos, políticos, morales o étnicos, por imágenes o diálogos que violentan esos sentimientos. Pero a la vez, no puedo aceptar que me impidan ver esas imágenes por las que no me siento ni agrado ni ofendido.

¿Cómo pueden conciliarse ambas posiciones?

Lo más importante y lo más difícil a la vez, es comenzar por aceptar que en un conglomerado social hay individuos con diferentes percepciones sobre lo que es bueno o malo desde un ángulo moral o político. A ninguno de ellos se les puede negar el derecho a leer o escuchar lo que estime conveniente. Y esto es no sólo invocando la libertad individual, sino el derecho de todos de ver reflejados en la literatura, las artes y en todo medio de expresión, sus ideas, sentimientos, valores y conflictos personales.

Lo anterior implica que todos debiéramos tener la capacidad y la oportunidad de elegir lo que queremos o no queremos ver, leer o escuchar.

Pero para elegir es necesario tener información. Esta en parte ya existe. Quien quie-

Lo más importante, y lo más difícil a la vez, es comenzar por aceptar que en un conglomerado social hay individuos con diferentes percepciones sobre lo que es bueno o malo desde un ángulo moral o político. A ninguno de ellos se le puede negar el derecho a leer o escuchar lo que estime conveniente.

ra ver una película de las llamadas eróticas, sabe que hay cines especializados en eso. Los que no quieren verla, también tienen esa información, como lo es también la calificación que hace el Consejo de Censura Cinematográfica por edades.

Generalmente los libros traen en la contraportada una información sumaria de su contenido. Otro tanto sucede con los films en video y con lo que se exhibe en la TV cable.

Si la censura, en la más benigna de sus acepciones, tiene por objeto proteger al adulto de no ser ofendido en sus creencias y sentimientos, bastaría que ese ciudadano supiera con antelación lo que va a encontrar cuando tiene acceso a una expresión cultural. Evitará el asalto a su conciencia ética, simplemente no comprando el libro, no arrendando el video, no pagando la entrada al cine o al teatro, no abonándose a circuitos de TV cerrados.

Por el contrario, si la censura conlleva la pretensión de imponer un particular concepto moral, religioso o político, constituye un elemento de perversión, pues impide la libertad y la expresión de los diferentes grupos que componen el heterogéneo cuerpo social.

¿Adónde vamos a llegar?

Pienso que mientras prevalezca el actual modelo económico liberal, necesariamente tendremos que llegar a una mayor apertura en el campo de la cultura. Si se nos dice que el modelo nos da la oportunidad de elegir lo que queremos comprar y consumir, también tendremos que tener

la capacidad de elegir nuestra forma de entretención o de deleite estético. Para ello los operadores de la TV por cable, en vez de la entrega indiscriminada de canales y programas, formarán distintos paquetes, de tal modo que quien se abone pueda elegir el material que quiere ver. También creo que los cines se irán especializando, de modo que las diferentes salas puedan ser identificadas por el tipo de películas que entreguen. Debieran existir cines especializados en películas infantiles, de acción, eróticas, sentimentales, de ciencia ficción, de terror y también ¿por qué no? en películas pornográficas.

Sin embargo, el mismo modelo económico trae consigo una acción de censura, menos brutal que la ejercida por un censor que determina por sí y ante sí lo que otros pueden ver, pero más solapada. Está en marcha un proceso de privatización de la cultura. Cuando los grupos económicos sean dueños de todas las editoriales, productoras de cine y TV, empresas teatrales, serán ellos los que determinarán lo que el chileno podrá leer, ver y escuchar, simplemente aplicando su criterio en la selección del material.

El conflicto entre cultura y censura continuará. Sólo podría resolverse cuando no existan grupos de cualquier orden que crean tener la verdad absoluta y pretendan imponer sus creencias, valores y concepciones ideológicas a quienes no los comparten.

Pero esto, por ahora, no pasa de ser un buen deseo.